

**Bosquejo de los mensajes  
para el Entrenamiento de Tiempo Completo  
del semestre de primavera del 2024**

-----

**TEMA GENERAL:  
LOS PUNTOS CRUCIALES DE LA VERDAD EN LAS EPÍSTOLAS DE PABLO:  
2 CORINTIOS**

Mensaje tres

**Portadores de incienso que esparcen la fragancia de Cristo  
como embajadores de Cristo**

Lectura bíblica: 2 Co. 2:12-15; 5:20

- I. Los ministros del nuevo pacto son portadores de incienso que esparcen la fragancia, el grato olor, de Cristo—2 Co. 2:12-15:**
- A. Como cautivos de Cristo en el desfile triunfal de Cristo, somos simultáneamente portadores de incienso; por medio de nosotros Dios manifiesta en todo lugar el olor del conocimiento de Cristo (v. 14); en realidad, esparcir el incienso de Cristo es vivir a Cristo (Fil. 1:19-21a).
  - B. Debido a que hemos sido capturados, subyugados, poseídos y ganados por Cristo, Él tiene la libertad de saturarnos para hacernos una fragancia de Cristo (2 Co. 2:15); a fin de ser una fragancia de Cristo, debemos ser Sus cautivos de manera práctica al comprender que nuestros únicos triunfos verdaderos son los triunfos de Cristo sobre nosotros y que nuestras experiencias de ser derrotados por Él constituyen nuestras únicas victorias verdaderas (vs. 12-15; cfr. 10:5).
  - C. La buscadora que ama en El Cantar de los Cantares finalmente llega a ser un huerto privado para Cristo, un huerto lleno de la fragancia de Cristo—4:12, 15:
    - 1. Puesto que somos el huerto privado de Cristo, disfrutamos a Cristo para que Cristo tenga disfrute y satisfacción; el Señor lo es todo para nosotros a fin de que Él pueda disfrutar de todo cuanto procede de nosotros—1:12-14; 4:12-14; 5:1:
      - a. Tan pronto como la buscadora le hace una invitación al Señor para que entre en Su huerto, el Señor responde; aunque le pertenecemos al Señor, después de consagrarnos a Él, es nuestra consagración constante lo que trae al Señor a nuestro huerto—4:16b; 5:1.
      - b. Los creyentes experimentados descubren frecuentemente que la segunda consagración es más difícil que la primera consagración, pero es más gloriosa que la primera; únicamente esta consagración le dará al Señor el fruto de Su labor—Gn. 12:7-8; Lv. 6:12-13.
    - 2. Como huerto privado de Cristo, la buscadora que ama a Cristo ora de esta manera: “¡Despiértate, oh viento del norte; / y ven, oh viento del sur! / Soplad en mi huerto: / despréndase el aroma de sus especias”—Cnt. 4:16a:
      - a. El viento del norte (frío, severo y áspero) y el viento del sur (cálido, suave y refrescante) son dos entornos diferentes que el Señor utiliza para entrenar a los creyentes para que lo disfruten a Él como su secreto de suficiencia—Fil. 4:11-13, 6-7; 1:20.
      - b. La que busca al Señor se da cuenta de que todos los problemas provienen de su interior y no de afuera; ella sabe que siempre y cuando esté llena del Espíritu como presencia del Dios Triuno, ella puede vivir alegremente y expresar a Cristo en cualquier entorno.

- c. Los ministros de Cristo, los que aman a Cristo, están preparados para esparcir la fragancia de Cristo en todas las circunstancias; si hay una fragancia en nuestro interior, las circunstancias externas sólo servirán para que emane el olor de la fragancia—4:11-12.
- D. El mover de los apóstoles en su ministerio para Cristo era una celebración de la victoria de Cristo, un desfile triunfal que iba de un lugar a otro bajo la dirección de Dios; en este desfile triunfal, Pablo testificaba que Dios era Aquel que “por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de Su conocimiento”—2 Co. 2:14:
  - 1. En el desfile triunfal de Cristo, la fragancia de Cristo ofrecida a Dios era olor de vida que resultaba en vida para algunos que estaban en el camino de la salvación, y era olor de muerte que resultaba en muerte para otros que estaban en el camino de la perdición—v. 15.
  - 2. “Según el griego, las palabras *olor* y *conocimiento* están en aposición, de modo que el conocimiento de Cristo es simbolizado como un olor que transmite su propia naturaleza y eficacia a través de la obra del apóstol” (Vincent)—v. 14, nota 5.
  - 3. Aquellos que esparcen la fragancia de Cristo hablan en Cristo, y Cristo habla en ellos con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo—vs. 16-17; 13:3.
- E. Como portadores de incienso que esparcen la fragancia de Cristo somos embajadores de Cristo con las siguientes cualificaciones—5:20:
  - 1. No vivimos por lo que somos o podemos hacer, sino por la vida inmortal, la cual es Cristo mismo—v. 4.
  - 2. Nos empeñamos en conseguir el honor de ser agradables a Cristo—v. 9.
  - 3. Somos constreñidos por el amor de Cristo—v. 14.
  - 4. Conocemos a otros según Cristo en el espíritu—v. 16; Cnt. 7:4.

**II. El holocausto era un “aroma que satisface a Jehová” (Lv. 1:9); las palabras hebreas traducidas “aroma que satisface” significan literalmente “olor que proporciona descanso o satisfacción”; un aroma, o fragancia, que satisface es un olor que proporciona satisfacción, paz y descanso como un disfrute para Dios (Nm. 28:2; cfr. 2 Co. 2:14-15):**

- A. El holocausto (Lv. 1:1-17) tipifica a Cristo de dos maneras: (1) en el hecho de que llevó una vida de absoluta entrega a Dios y para la satisfacción de Dios (vs. 3-4a, 9; Jn. 5:19, 30; 6:38; 7:18; 8:29; 14:24) y (2) en el hecho de que Él es la vida que capacita al pueblo de Dios para que tengan tal vivir (Ef. 5:2; 2 Co. 5:14-15; Gá. 2:19-20).
- B. La única vida que agrada a Dios es una vida que es una repetición de la vida que Cristo llevó en la tierra; ésta es una vida que experimenta a Cristo en Sus experiencias como holocausto—Lv. 1:9; Jn. 8:29; 2 Co. 5:9; Ef. 4:20-21.
- C. El carnero del holocausto representa al Cristo fuerte como nuestro holocausto para que ejerzamos nuestro sacerdocio neotestamentario (Lv. 8:18); esta ofrenda, el carnero de la consagración (v. 22; 7:37 y la nota 1), nos recuerda que, como servidores, debemos estar absolutamente entregados a Dios, pero no lo estamos; por tanto, necesitamos tomar diariamente a Cristo como nuestro holocausto para ejercer nuestro servicio sacerdotal (6:12; cfr. He. 10:5-10).
- D. La imposición de las manos sobre la cabeza del holocausto significa nuestra identificación, nuestra unión, con Cristo; al poner nuestras manos en Cristo como nuestra ofrenda somos unidos a Él, y Él y nosotros llegamos a ser uno—Lv. 1:4a.
- E. En tal unión todas nuestras debilidades, defectos y faltas son llevados por Él, y todas Sus virtudes llegan a ser nuestras; esto requiere que ejercitemos nuestro espíritu mediante la oración apropiada a fin de ser uno con Él en términos de nuestra experiencia—1 Co. 6:17; 2 Co. 5:21; Gá. 2:20a.

- F. Siempre que, mediante la oración apropiada, ponemos nuestras manos en Cristo, el Espíritu vivificante, que es Cristo mismo sobre quien ponemos nuestras manos (1 Co. 15:45; 2 Co. 3:6, 17), comenzará inmediatamente a moverse y operar dentro de nosotros para vivir en nosotros una vida que sea la repetición de la vida que Cristo llevó en la tierra, la vida de holocausto (Gá. 6:17).
- G. Necesitamos tomar a Cristo diariamente como nuestro holocausto (Nm. 28:3-4; Lv. 1:2-4; 6:12-13; cfr. 2 Ti. 1:6) para que experimentemos a Cristo en Sus experiencias como holocausto no al imitar a Cristo externamente, sino al vivirlo en nuestra vida diaria (2 Co. 5:14-15; Fil. 1:19-21; Hch. 27:22-25; 28:3-9; 1 Co. 1:9).

**III. La función de amar en la vida del Cuerpo, la vida de iglesia propia de los grupos vitales, está representada por María, quien amó al Señor al máximo y derramó sobre el Señor lo que para ella era lo más preciado; ella tenía un frasco de alabastro lleno de una libra de ungüento de nardo puro de mucho valor; cuando ella quebró el frasco y lo derramó sobre la cabeza del Señor, “la casa se llenó del olor del ungüento”—Jn. 12:2-3; Mr. 14:3; cfr. Cnt. 1:12:**

- A. María consideraba que el Señor era más valioso y más digno de amor que ninguna otra cosa; ungir al Señor con nuestro mejor amor y desprender la fragancia de ese amor en nuestra vida de reuniones es la expresión, el aspecto y la característica principales de la vida de iglesia.
- B. La iglesia en Juan 12:1-11 es comparada a la casa que está llena de lo precioso, lo dulce y lo agradable que es el aroma desprendido por el ungüento derramado sobre el Señor Jesús.
- C. Los discípulos consideraban que la ofrenda de amor que María hizo al Señor era un desperdicio, pero para aquellos que lo aman así, Él es completamente digno de ser amado de esta manera y digno de su ofrenda—Mt. 26:8-13; Jn. 12:4-6.
- D. Durante los siglos pasados, miles de vidas preciosas, tesoros del corazón, puestos altos y futuros brillantes han sido “desperdiciados” en el Señor Jesús; lo que han derramado sobre Él no es un desperdicio, sino un testimonio fragante de Su dulzura.
- E. El frasco de alabastro representa nuestro hombre exterior, el cual necesita ser quebrantado para que el hombre interior pueda surgir; el Señor obra en nuestro interior y sobre nosotros de tantas maneras diferentes con el propósito de quebrantar el vaso de barro, el frasco de alabastro, el cascarón exterior—2 Co. 4:7; Jn. 12:3, 24.
- F. Dios nos dispone un entorno que derriba nuestro hombre exterior al hacer que todas las personas, todos los asuntos y todas las cosas “[cooperen] para bien” (Ro. 8:28); el “bien” aquí se refiere a que ganemos más de Cristo, a que Él sea forjado en nuestro ser, para que seamos transformados metabólicamente y finalmente seamos conformados a Su imagen, la imagen del Hijo de Dios, a fin de que seamos introducidos en la plena filiación (v. 29).
- G. La disciplina del Espíritu Santo destruye nuestra manera de ser y hábitos naturales, e introduce la constitución del Espíritu Santo en madurez y dulzura:
  1. Todo lo que somos por nacimiento, sea bueno o malo, sea útil o no, es natural y es por completo un obstáculo a que el Espíritu Santo constituya la vida divina en nuestro ser para hacernos una fragancia de Cristo.
  2. Por esta razón nuestra fuerza natural, sabiduría natural, astucia natural, manera de ser natural, deficiencias naturales, virtudes naturales y atributos naturales, más nuestro carácter y nuestros hábitos, todos ellos, deben ser derribados a fin de que el Espíritu Santo pueda formar en nosotros una nueva manera de ser, un nuevo carácter, nuevos hábitos, nuevas virtudes y nuevos atributos.
  3. A fin de realizar esta obra de reconstitución el Espíritu Santo de Dios se mueve en nosotros para iluminarnos, inspirarnos, guiarnos y saturarnos de la vida divina; Él

también obra en nuestro entorno para disponer cada detalle, persona, asunto y cosa en nuestra situación a fin de derribar lo que naturalmente somos de modo que Él pueda conformarnos a la imagen de Cristo—v. 28.

**IV. Necesitamos darnos cuenta de que todo por lo cual pasamos tiene un solo propósito, a saber, que la vida de Dios sea liberada por medio nuestro y sea expresada en nosotros; que nuestro hombre exterior sea quebrantado a tal grado que el hombre interior pueda ser liberado y expresado; esto es precioso, y éste es el camino propio de los siervos del Señor. (Véanse las citas importantes página continuación).**

#### **Comunión con respecto al quebrantamiento del hombre exterior para la liberación del espíritu y la expresión de Dios**

Tenemos que saber por qué Dios nos puso en el mundo. Él nos puso en el mundo para que nuestra presencia cree hambre y sed de justicia en los pecadores, en los creyentes y en el mundo. En nuestra obra, tenemos que crear un hambre en el interior de otros. Debe haber en nuestro interior una frescura, poder, nutrimento y suministro enigmáticos que impulsen a otros a buscar a Dios por haber estado en nuestra presencia. Otros deberían tener el deseo de buscar a Dios como resultado de conocernos y hablar con nosotros. Si siempre vemos a otros y nos comunicamos con ellos sin crear en su interior un deseo por Dios, eso significa que hemos fracasado. Si nuestra lectura de la Biblia, oración, servicio y predicación del evangelio no producen un hambre tan poderosa en el interior del hombre, nuestra obra ha fracasado. (*The Collected Works of Watchman Nee* [Las obras recopiladas de Watchman Nee], t. 42, pág. 238)

En 2 Reyes 4 encontramos el relato de una mujer sunamita que hospedó a Eliseo. La Biblia dice que “un día pasaba Eliseo por Sunem; y allí estaba una mujer rica, que le invitaba insistentemente a que comiera. Entonces cada vez que pasaba por allí, se apartaba del camino y comía allí. Y ella dijo a su marido: Ahora sé que este varón que pasa continuamente por nuestra [casa] es varón santo de Dios” (2 R. 4:8-9). Este profeta sólo pasaba por Sunem; no dio ningún mensaje ni efectuó milagro alguno. Cada vez que pasaba por allí, él se apartaba del camino y comía allí. La mujer pudo identificar que él era un hombre de Dios por la forma en que él comía. Ésta era la impresión que Eliseo daba a otros.

Es crucial que nos preguntemos: “¿Qué impresión reciben otros de mí? ¿Qué expreso yo?”. Hemos hablado reiteradamente que el hombre exterior debe ser quebrantado, pero si esto no sucede, la impresión que otros reciban será solamente la de nuestro hombre exterior. Cada vez que hablemos con otros, les daremos la desagradable sensación de que somos personas con amor propio, personas tercas y orgullosas; o tal vez reciban la impresión de que somos personas muy sagaces y elocuentes. Puede ser que logremos causar una presunta buena impresión en los que nos escuchan, pero ¿satisface a Dios tal impresión? ¿Satisface la necesidad de la iglesia? Ni Dios no está satisfecho ni la iglesia necesita nuestra presunta buena impresión.

...Si dicho quebrantamiento no se efectúa, nuestro espíritu no podrá ser liberado y la impresión que otros recibirán de nosotros no será una impresión del espíritu.

...Lo que deja una impresión en otros es las características más sobresalientes que tenemos. (*El quebrantamiento del hombre exterior y la liberación del espíritu*, págs. 93-94)